

que Cataluña, los catalanes, el catalán y el catalanismo están presentes en el libro todo lo necesario, pues hubo catalanes de muy diversas tendencias en los seminarios previos, pero luego ninguno de ellos respondió a la invitación a escribir un texto. Tampoco cuentan con un coautor, en este libro, todas las naciones iberoamericanas, siendo así que se habla mucho de ellas y de que precisamente el alcance iberoamericano, no sólo español, es una orientación del libro. En cualquier caso, los coautores recogen muchas de las ideas que se dijeron en las reuniones de AEDOS acerca de los territorios que al final no encontraron escritor.

En definitiva, estamos ante un libro rico, variado, interdisciplinar y profundo sobre uno de los temas más relevantes de nuestra actualidad política y social; por lo tanto, un libro imprescindible para un mejor entendimiento del problema.

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra

Berger (ed.), Stefan, *Writing the nation. A global perspective*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2007. XII+243 pp. ISBN: 9780230008021.

Preface, pp. ix-x. Biographical notes, pp. xi-xii. 1. Stefan Berger, "Introduction: Towards a global history of national historiographies", pp. 1-29. 2. Stefan Verger, "The power of national pasts: writing national history in nineteenth- and twentieth-century Europe", pp. 30-62. 3. Allan Smith, "Seven narratives in North American history: thinking the nation in Canada, Quebec and the United States", pp. 63-83. 4. Eliana de Freitas Dutra, "The mirror of history and images of the nation: the invention of a national identity in Brazil and its contrasts with similar enterprises in Mexico and Argentina", pp. 84-102. 5. Mark Hearn, "Writing the nation in Australia: Australian historians and narrative myths of nation", pp. 103-125. 6. Q. Edward Wang, "Between myth and history: the construction of a national past in modern East Asia", pp. 126-154. 7. Radhika Seshan, "Writing the nation in India: Communalism and historiography", pp. 155-178. 8. Birgit Schaebler, "Writing the nation in the arabic-speaking world, nationally and transnationally", pp. 179-196. 9. Ibrahima Thioub, "Writing national and transnational history in Africa: the exemple of the 'Dakar School'", pp. 197-212. Select bibliography, pp. 213-231. Index, pp. 232-243.

Este libro surge de una iniciativa investigadora de amplio espectro, pues forma parte de los resultados de un proyecto patrocinado por la *European Science Foundation* (ESF), organismo de la Unión Europea encargado de la investigación. Encabezado por el editor de este volumen, desde la primavera de 2003 se planteó analizar la escritura de las historias nacionales en los siglos XIX y XX en Europa –aunque buscando siempre la mayor perspectiva posible–, partiendo de la comparación entre las diversas formas en que se estructuraban dichas narrativas, y de acuerdo a unos referentes comunes al análisis de todos los países. Uno de los frutos de ese impulso es el libro que

[MyC, 12, 2009, 295-369]

comentamos, integrante de una serie en la que se han publicado y aún han de aparecer otros resultados del proyecto (ya están disponibles los titulados *Narrating the nation* y *The contested nation*, ambos en Houndmills, Palgrave-Macmillan, 2008). En este caso se trata de una mirada que podríamos calificar como contextual, pues pretende examinar el uso de la historia en el proceso de construcción de las naciones más allá de Europa. Es buena medida recoge los aportes de uno de los temas centrales elegidos para el Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Sydney en 2005.

Parte de una serie de afirmaciones del coordinador del volumen: “History was a crucial element with which to construct nations and national identity. Nation-builders everywhere agreed: their nation had to have a history – the longer and the prouder the better” (p. 1). A lo que añade la imposición o exportación del modelo europeo tanto de nación moderna como de historia “científica”, aunque de hecho, incluso en el propio occidente, la interacción entre lo local, regional, nacional y transnacional, juega un papel determinante en la construcción de las narrativas históricas, como puede apreciarse en las siete que Allan Smith identifica en EE.UU. y Canadá (también en Quebec), donde a la diversidad espacial se une la distinta influencia que las corrientes intelectuales aportan a la auto-comprensión como naciones de ambos, especialmente académica a partir de 1860, pero en cualquier caso, firmemente arraigada en el relato nacional como pauta de comprensión dominante. Además, junto a una historia “científica”, a la que se consideró como la única manera válida para el estudio del pasado (p. 33), convivieron formas populares de acercamiento a los tiempos pretéritos que obligan a matizar las generalizaciones. De ahí la necesidad de preguntarnos, por ejemplo, si las historias nacionales no europeas son una simple derivación del modelo europeo o incluso si éste es válido para espacios culturales muy distintos a aquél, como se plantea Ibrahim Thioub al analizar la escuela de Dakar. Frente a ello podemos responder con el siempre socorrido “depende”, pues aunque el patrón exportado por el viejo continente puede verse por todas partes, como en Latinoamérica (donde “constructions of national history were thus modelled on European patterns”, e “[i]t sought to demonstrate that Western civilisation also existed in the tropics”, p. 88), en todos los casos es preciso matizarlo por su interacción con las pautas culturales propias (como en Brasil, México o Argentina), en ocasiones extraordinariamente importantes, si nos atenemos al caso de China, donde el movimiento neo-confuciano destacó a los historiadores al frente de la renovación intelectual no sólo en su país de origen, sino también en Japón y Corea, como señala Q. Edward Wang. En la lucha por situarse ante los cambios de fines del s. XIX, todos tuvieron que replantear su visión del mundo, de ahí que tendieran a un rechazo de lo propio en beneficio de una influencia europea a la que percibían como la encarnación de la modernidad y el triunfo. En China el rechazo al neo-confucianismo se centró

sobre todo en los aspectos más moralistas y metafísicos, afirmando la importancia de lo más empírico como la puerta para el cientifismo en el trabajo del historiador. De ahí la facilidad con que la influencia europea llegó y se asentó en estos países, especialmente en Japón, donde incluso se contrató a un discípulo de Ranke, Ludwig Riess, como el primer historiador universitario. El marco nacional se apreciaba como uno de los instrumentos primordiales para la modernización, así es que bien se incorporó de forma completa, como en el caso de Japón (aun cuando también generó tensiones); bien se buscaron antecedentes propios con los que hacer más fácil la asunción del modelo, como en China. Algo similar ocurrió en el marco árabe, señala Birgit Schaebler, donde la tensión entre la nación árabe transnacional y lo nacional-regional, es un elemento característico que es preciso tener en cuenta, incluso señalando la oposición que en los medios islámicos radicales se ha desarrollado hacia la idea de nación, al considerarla como un instrumento del colonialismo europeo. Lo más significativo sería la constante re-escritura de la nación, a nivel particular y más general, global.

Como puede verse, buena parte de los países que trataban de adaptarse al marco historiográfico nacionalista, aun reconociendo y asumiendo la herencia europea, buscaban lo diferencial y característico como vía para distinguirse y mostrar los componentes únicos de su nacionalidad. Como señala Mark Hearn para Australia, se trataba de construir la metanarrativa que sustentase el mito de la identidad nacional, aunque esto implicase reunir dos elementos aparentemente contradictorios como mito e historia. Tal vez reflexiones como éstas puedan provocar cierta sensación de distancia respecto al mundo real, pero por seguir con el caso australiano, fueron estos mitos los que llevaron, por ejemplo, a la política de restricciones a la inmigración de no-europeos.

También estos casos llevarían a la pregunta de cuándo se estableció el modelo de las modernas historias nacionales y, pese a los antecedentes incluso medievales, señala Berger que cabría colocarlo en el *Sattelzeit*, el período entre 1750 y 1850, período del romanticismo durante el cual los historiadores fueron los educadores de la nación, que se consolidó en el siglo siguiente como período constructor de identidades (pp. 32-8). De ahí derivó un rasgo significativo en la propia percepción de la historia, como es el uso del pasado y de la disciplina como instrumento para establecer el carácter único de las naciones y también para introducir un discurso de género en la historia, considerando a la nación propia en sentido masculino y a las enemigas, en sentido femenino (pp. 35-6). Aún hoy, en el paradigma nacional cabría ver uno de los instrumentos más influyentes en la construcción de narrativas históricas. Esto se apreciaría, por ejemplo, en uno de los recursos habituales de las historias nacionales: “the older, the better, the more authentic” (p. 5); una búsqueda de la profundidad temporal que se aprovechó del impulso metódico proce-

dente de la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. Y sin embargo, esta relación con lo europeo causó problemas en un momento, ya entrado el siglo XX, en el que las independencias buscaron precisamente romper amarras con cualquier tipo de dependencia, incluida la de los modelos que sirvieron como plataforma para la emancipación.

A fines del siglo XIX, con la consolidación del positivismo, el cientifismo se reforzó, y mantuvo su fuerza con el auge del marxismo, especialmente tras la segunda guerra mundial (aunque esto no implicase un rechazo automático del nacionalismo, como pudo verse en China a partir de 1949, donde se trataba de demostrar que la primera nación había sido la China Han –ss. III a.C. al s. III d.C.–, y aún hoy la historia se emplea como refuerzo nacionalista mediante, por ejemplo, las películas de tono épico sobre la fundación o primeros pasos del imperio). La paradoja estaba en la convivencia de un internacionalismo metodológico, reflejado en la práctica de una historia científica, con un nacionalismo historiográfico plenamente vigente. En los propios países occidentales, la narrativa nacional se fue viendo crecientemente cuestionada por la diversidad étnica, racial y de género, más patente tras la segunda guerra mundial, y que reclamaba su presencia en el seno de una explicación global. A ello se añadió el rechazo que en los medios políticos provocaba la visión del nacionalismo, asociado a las soluciones totalitarias (por ejemplo el uso de la historia para justificar el expansionismo japonés en Corea a partir de un origen común de ambos en Manchuria, rechazando el mito de fundación nacional coreano en la figura de Tan'gun), por lo que la propia disciplina trató de alejarse de planteamientos nacionales, mostrando el proceso de construcción de los mitos vinculados a la identidad nacional. Sólo avanzada la segunda posguerra mundial comenzó a extenderse una crítica cada vez más amplia hacia las historias nacionales –facilitada por la creciente movilidad de los historiadores–, a las que se planteaban como alternativas los relatos transnacionales, pero sobre todo las novedades metodológicas que surgieron de la mano de la nueva historia cultural, el post-estructuralismo, el post-colonialismo, etc. De hecho, la globalización ha añadido nuevas amenazas a la visión nacional, aunque ésta no sólo no ha desaparecido, sino que en muchos casos se ha reafirmado y como mecanismo defensivo ha seguido mostrando una considerable fortaleza, reactivándose a partir de las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX con la ayuda de unos medios de comunicación extraordinariamente activos en este terreno. De ahí que el nacionalismo haya sido capaz de acomodarse y adaptar marcos globales como los religiosos, los de clase o raciales, incapaces de plantearse como una alternativa sólida. Así, la religión habría sido adaptada al marco nacional en muchas ocasiones, como ocurrió en la India, donde configuró el comunalismo, la versión local del nacionalismo que se impuso en el ámbito historiográfico, según afirma Radhika Seshan, y que sirvió para proyectar la mirada presente sobre

el pasado. Lo mismo habría ocurrido con las clases sociales, que generalmente adoptaron marcos nacionales –aunque muy significativamente ésta es una temática a la que apenas se presta atención en los textos de este libro–, o incluso con los componentes raciales, que hicieron aparecer formas de historia reducidas a una raza dominante o la racialización del otro, del enemigo, como forma de exclusión, como puede apreciarse en la India, con una historiografía británica que desde fines del s. XVIII habría creado una visión del subcontinente marcada por diferencias religiosas irreconciliables y por una dialéctica dominadores/dominados. A partir de ahí el nacionalismo historiográfico fue creciendo y radicalizándose, favoreciendo un ambiente de enfrentamiento a partir de hechos históricos como el asalto al templo de Somanatha que estudió Romila Thapar. Otro ejemplo del uso nacionalista de este elemento transnacional fue el mito de las tres razas usado en Brasil como reafirmación de la personalidad propia ya desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta bien entrada la siguiente centuria, un proceso similar al ocurrido en México, donde se reivindicó al mestizo como representante racial de la identidad nacional, como señala el artículo de Freitas Dutra.

En definitiva, al existencia de fronteras serviría como recordatorio permanente de la existencia de la nación y de un poder que gestionaría aquellos instrumentos que, como la historia, servirían para afirmar la permanencia de ese poder. Esto no debe llevar, en cualquier caso, a rechazar las historias nacionales en bloque, pues también han ejercido un papel liberador y emancipador y pueden y deben llegar a ser concepciones históricas abiertas y tolerantes, capaces de integrar una multiplicidad de puntos de vista y no sólo una mirada granítica e inmutable, esencial, hacia el pasado. De hecho, la actividad del historiador habría de servir como medio para mantener una constante postura crítica frente a los esencialismos y las construcciones identitarias que no sólo no han desaparecido, sino cuya presencia sigue siendo muy sólida.

Stefan Berger es Professor de Historia Moderna de Alemania y de historia europea comparada en la Universidad de Manchester. Entre sus obras destacan: *The British Labour Party and the German Social Democrats, 1900-1931* (1994; ed. alemana: 1997. Recoge su tesis doctoral: Oxford, 1991); *The search for normality: national identity and historical consciousness in Germany since 1800* (1997); *Social democracy and the working class in nineteenth and twentieth century Germany* (2000); *Labour and social history in Great Britain: historiographical reviews and agendas, 1990 to the present* (2002); *Writing history: theory & practice*, con Heiko Feldner y Kevin Passmore (2003, 2ª ed.: 2009); *Germany* (2004); *The other Germany perceptions and influences in British-East-German relations 1945-1990* (2005). Como editor cabe señalar, además de las citadas: *European labour movements and the European working class in the twentieth Century*, con David Broughton (1995); *Writing national histories: Western Europe since 1800*, con Mark Donovan y Kevin Passmore (1999); *Policy concertation and social partnership in Western Europe: lessons for the 21st Century*, con Hugh Compston (2002); *Towards a comparative history of coalfield societies*, con Andy Croll y Norman Laporte (2005); *A companion to nineteenth-century Europe 1789-1914* (2009).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

[MyC, 12, 2009, 295-369]